

LA HISTORIA VIVIDA

Fernando de la GUARDIA SALVETTI

Nelson: aprendizaje y afición a la mar

Se va a cumplir pronto el segundo centenario del fallecimiento de Horacio Nelson, almirante inglés, vizconde y duque de Bronte, muerto durante el combate naval de Trafalgar el 21 de octubre de 1805. Fue ciertamente uno de los más eminentes marinos de todos los tiempos, no sólo de la Marina inglesa.

Dotado de una personalidad fascinante, Nelson se ha convertido con justicia en el prototipo de héroe para los ingleses. Gracias a él, Gran Bretaña ostentó la supremacía en el mar durante mucho tiempo, y con su valor y su genio se escribieron algunas de las páginas más brillantes de la historia británica.

Desde muy joven, su afición a la mar fue notoria. Nació el 29 de septiembre de 1758 en Burnham Thorpe, condado de Norfolk, un lugar íntimamente relacionado con el viento y el mar, dos de los elementos que más incidieron en su corta vida como oficial de Marina. Desde muy pequeño pudo observar cómo el viento huracanado del Mar del Norte y el murmullo de las olas rompiendo en la costa, en las proximidades de su casa, iban forjando su afición a la mar.

Los recuerdos de su infancia proceden en buena parte de los relatos de la gente de la época, familiares y vecinos, aunque ninguno de ellos explica cómo el sexto de los once hijos de un clérigo rural de escasos recursos económicos llegó a convertirse en el héroe más brillante de la historia de Inglaterra.

Su madre, Catherine, influyó mucho en su vida. A la edad de nueve años, Horacio Nelson quedó huérfano de madre. Este hecho hizo que a la corta edad de doce años se enrolase en la Marina con el fin de aliviar a su padre la pesada carga de mantener sin apenas recursos económicos al resto de la numerosa familia.

Con los años, la influencia del recuerdo de su madre se hizo más profunda en su vida profesional y afectiva. Casi cumplidos los cuarenta, Nelson, ya convertido en ilustre marino, escribía a un antiguo amigo de la infancia recuerdos íntimos de su vida: «Pensar en el pasado me trae no sólo el recuerdo de mi madre, sino que veo su imagen con mis propios ojos». Sensible en su forma de ser y físicamente débil, aunque profesionalmente muy duro, estuvo desde muy pequeño falto de amor materno; por esta razón, cuando descubrió el cariño y el amor apasionado de lady Hamilton, su vida cambió radicalmente con gran preocupación por parte de familiares y amigos. La gloria alcanzada como almirante quedó muy deslucida por el comportamiento en su vida privada.

La influencia de su padre, Edmund, no fue tan profunda como la de su madre, aunque sí tuvo el apoyo y comprensión paternos hasta el final de su vida. Su padre era una mezcla de erudito (había estudiado en Cambridge),



campesino (al haberse dedicado al cuidado de sus tierras) y clérigo. De él Nelson adquirió grandes virtudes, como una gran fe en Dios (en su familia había más de 15 clérigos), confianza en sí mismo y tenacidad, virtudes éstas que nunca perdió y que supo llevar a la práctica en los momentos realmente decisivos. Las batallas navales del cabo de San Vicente, Abukir, Copenhague y Trafalgar son una palpable muestra de ello.

Edmund Nelson influyó también en las ideas políticas de su hijo. Como intelectual de la época y conocedor de los autores clásicos, supo inculcar a su hijo una visión certera y romántica del mundo en que se hallaba. Se dice que Horacio Nelson era conservador, aunque con al-

gunos rasgos de liberalismo, realista y, sin embargo, sensible a la adulación, un «superhombre» con todas las debilidades humanas. Es un hecho que al final de su vida la vanidad y el afán por títulos nobiliarios y honores despertaron ansiedad, en contraste con la época humilde que vivió durante su infancia.

Aunque su padre sentó las bases de la personalidad de Horacio, fue en realidad su tío materno el capitán Maurice Suckling quien le orientó y le indicó el camino a seguir hasta convertirle en un verdadero oficial de marina. Para Nelson, la figura de su tío fue siempre digna de admiración, no sólo por haber participado en numerosos combates navales, sino por su profesionalidad y por su prestigio entre sus oficiales superiores.

A la edad de doce años, el adolescente Nelson embarcó en el buque *Raiso-nable*, al mando del capitán Suckling. No necesitó que nadie le empujara para hacerlo, más bien todo lo contrario: tanto los barcos como la mar le eran familiares al haber transcurrido su infancia entre embarcaciones y gente de mar.

Desde su llegada a bordo, su tío le inició y enseñó los fundamentos del arte de navegar, le impartió clases prácticas de maniobra, le ilustró en el conocimiento de las velas, aparejos, etc., y en general le familiarizó con las tareas propias de un buque de guerra. Sus comienzos fueron duros: además de

aguantar las incomodidades de vivir a bordo, tuvo que soportar las bromas pesadas de sus compañeros aspirantes y guardiamarinas. Por el contrario, su comportamiento a bordo siempre fue correcto, y en todo momento se mostró amable y comprensivo con los miembros de la dotación.

Un año más tarde, el capitán Suckling pasó a mandar el navío *Triumph*, un guardacostas destinado al servicio de vigilancia en el río Medwa, afluente del Támesis, llevándose consigo a su sobrino para que adquiriese seguridad y confianza en sí mismo y pusiera en práctica los conocimientos adquiridos durante el aprendizaje a bordo del *Raisnable*. Pero, además, Suckling quería que Horacio hiciera un largo viaje y tuviese la posibilidad de participar activamente en situaciones adversas. Apenas cumplidos los trece años, Nelson tuvo la oportunidad de navegar a las Indias Occidentales de marinero en un buque mercante. Esto significó para el joven no sólo emprender su primer viaje al extranjero, sino descubrir un mundo lleno de riquezas y leyendas (era la época de las grandes expediciones), por las cuales las dotaciones de los navíos, en general, sentían gran atracción. Lamentablemente, en uno de estos viajes, Nelson contrajo unas extrañas fiebres que debilitaron su salud para siempre.

Regresó de América mucho más seguro de sí mismo y convencido de su vocación marinera al servicio de su patria. Al conocer su tío las buenas impresiones de su primer viaje lejos de Inglaterra, decidió embarcarlo de nuevo, para darle la oportunidad de ejercer el mando de un buque. A los catorce años, Nelson toma el mando de la falúa del *Triumph*, embarcación empleada en el transporte de mercancías, lo que le brindaba ocasión de navegar por aguas y espacios reducidos.

Esta gran responsabilidad hizo mella en el joven oficial de la Marina británica: «Poco a poco me fui convirtiendo en un buen navegante (...) lleno de confianza en mí mismo y capaz de navegar en cualquiera de las situaciones. lo que me proporcionaría muchas satisfacciones en el futuro». La seguridad que iba adquiriendo en sí mismo le sirvió para afrontar y superar pruebas cada vez más duras.

Pronto se enroló (tenía quince años) en la corbeta *Carcass*, al mando del capitán Lutwidge, uno de los buques que fueron en la expedición del capitán Phipps a los mares árticos. La expedición, compuesta por dos corbetas y considerada de riesgo debido a la dificultad de navegar entre grandes superficies heladas, en latitud de 80°, cerca del Polo, fue un tremendo fracaso desde el punto de vista científico. Tres meses más tarde, y debido fundamentalmente a la dificultad de navegar cerca del Polo Norte, la expedición regresó a Inglaterra.

A través de estas breves pinceladas se ha querido transmitir el extraordinario talento y cualidades humanas de Horacio Nelson, puestas al servicio de la Marina británica desde que se incorporó, a los doce años, como marinero a bordo del *Raisnable*. Cualidades éstas que a lo largo de su vida germinaron como semillas en el joven Nelson para convertirlo no sólo en el más genial y célebre almirante de la Marina británica, sino en el estratega naval que todos conocemos.